

PASAJES FAVORITOS

de

La Carta a los Romanos: Un Comentario

P. Steven Scherrer

Humocaró AltoVenezuela

1 AL VIVIR ASÍ, SANTAMENTE, vivimos ya en este mundo, en espíritu, en la gloria venidera. Esta vida santa nos llena de gracia y esplendor. Es como vivimos en un encanto. Vivimos de la plenitud de el que viene. Los que viven sólo para esto reciben una gran recompensa del Señor ya en esta vida. Viven en gran tranquilidad y paz interior. Viven con un gran sentido de la presencia del Señor. Viven en el sol de su amor. Sus anhelos para el futuro se realizan en cierto sentido ahora, porque el Señor está cerca de ellos. Ellos viven en su constante presencia; y la alegría de Dios llena sus corazones. Así es vivir una vida santa. Así es “*ser santos*” (1, 7) en esta vida. Es vivir ya de antemano en la edad de oro que ha de venir. Es vivir un anticipo de la gloria de la parusía. Es vivir una vida que es un preludio de la vida bienaventurada del cielo. Es vivir en el encanto de la espléndida luz de la gloriosa venida del Señor. (Rom 1, 7).

2 San Pedro dice: “el fin de todas las cosas se acerca; sed, pues, sobrios, y velad en oración” (1 Pd 4, 7). Una vida santa es una vida de vela por el Señor. Es una vida sobria, callada, y modesta. Es una vida que vive calladamente en el encanto de la presencia del Señor. Es una vida moderada y modesta (Fil 4, 5) que sacrifica todo por él. Es una vida sacrificial. Es una vida llena de amor y esplendor. (Rom 1, 7).

3 El Salmo 97 es profético también. El salmista tenía que esperar la venida del Mesías para ver lo que dice cuando escribe: “Se ha acordado de su misericordia y de su verdad para con la casa de Israel; todos los confines de la tierra han visto la salvación de nuestro Dios” (Sal 97, 3). En Jesucristo, de verdad, “todos los confines de la tierra han visto la salvación de nuestro Dios”. Han visto su acción justificadora en Cristo. Han visto su justicia divina manifestada en la justificación del hombre por medio de su fe en Cristo, el único Salvador del mundo entero —hasta los confines de la tierra. No hay otro, sólo él es el Salvador del hombre, para que *todos* puedan tener vida en él. Todos los confines de la tierra han visto la justicia y salvación de Dios en él. (Rom 1, 17).

4 Hay dos actos fundamentales envueltos aquí: 1) arrepentimiento por nuestros pecados, y 2) fe en Jesucristo como nuestro Salvador. Cuando hacemos esto, con la ayuda de la gracia de Dios, entonces Dios nos perdona nuestros pecados y nos hace justos —nos justifica por los méritos de la muerte de Jesucristo en la cruz. Tenemos que acusarnos y admitir ante Dios nuestros pecados. Entonces, después de poco tiempo, nos sentiremos perdonados y librados de la tristeza de una mala conciencia que nos estaba acusando y atormentando, y nos sentiremos bien, librados, perdonados, justificados, puros, limpios, y santos delante de Dios, llenos de luz, con el esplendor de su gracia resplandeciendo en nosotros, y con las tres divinas Personas habitando en nuestra alma, llenándola de luz, esperanza, y amor divino. (Rom 2, 29).

5 Somos divinizados así por Jesucristo, hechos *realmente* justos y puros por sus méritos en la cruz. Este es el sacrificio que nos baña de luz y hace nuestra vida luminosa y feliz. Nos transforma. Somos así *realmente* cambiados, y ahora diferentes. Esta justificación por la fe en Jesucristo nos da también nuevo poder para hacer buenas obras, que, hechas ahora en el estado de gracia, nos *merecen* un incremento constante de gracia, y, por ello, de santidad. Así *crecemos* en santidad por nuestras obras buenas, y *merecemos* un nivel constantemente creciendo de santidad y semejanza de Dios. Así el

esplendor de la gracia crece cada vez más en nosotros, y vamos transformándonos “de gloria en gloria” en la imagen del Hijo por obra del Espíritu Santo (2 Cor 3, 18). (Rom 2, 29).

6 Crecemos así hasta el punto de que somos casi libres de pecado, por lo menos de pecados conocidos y deliberados, aunque continuamos cayendo en imperfecciones imprevistas por inadvertencia pero no deliberadamente a sabiendas, es decir: en cosas relativamente pequeñas que no sabíamos al momento que fueron contra la voluntad de Dios para con nosotros. Cayendo así y siendo castigados por Dios, aprendemos cada vez mejor la voluntad de Dios para con nosotros ahora y el camino de la perfección que Dios ha preparado para nosotros, y crecemos así en la santidad y en el esplendor de su gracia. (Rom 2, 29).

7 Aun si hubiese habido judíos justificados por sus obras, esta justificación no habría sido tan plena y rica que la justificación que *Dios* les dio gratuitamente por la fe en su Hijo. No hay comparación entre los dos. Pablo mismo indicó esto cuando escribió que aunque él mismo fue fariseo y “en cuanto a la justicia que es en la ley, irreprochable” (Fil 3, 6), sin embargo, él consideró que todo esto fue nada en comparación con la justificación que ahora tiene en Cristo por medio de su fe. Ha dejado toda su justicia propia por Cristo, y ahora ni siquiera quiere ser justificado por las obras que había hecho. Quiere ahora sólo la justificación de *Dios* en Jesucristo por la fe, que es tanto mejor. (Rom 3, 2).

8 La justicia de las *obras* es como “pérdida” y “basura”, dice, en comparación con la justificación que nos viene por la *fe* en Cristo. Es tanto más grande, que Pablo ahora no quiere su “*propia* justicia, que es por la *ley*”, en la que dice que era “irreprochable”, sino ahora sólo quiere “la que es por la *fe* de Cristo, la justicia que es de *Dios* por la *fe*” (Fil 3, 9). (Rom 3, 2).

9 Necesitamos a Jesucristo para llenar y cumplir nuestra vida, para llenarla de luz y verdadera alegría. Es más que sólo el perdón de nuestros pecados que necesitamos. Necesitamos alegría profunda y verdadera en el fondo del corazón, en la hondura de nuestro ser. Necesitamos una paz celestial, no de este mundo; necesitamos ser llenados de gracia en todo su esplendor; necesitamos la inhabitación de la Santísima Trinidad en nuestro corazón y la amistad y el amor de Jesucristo. Necesitamos una palabra de vida, la enseñanza de perfección, los sacramentos, especialmente el de la reconciliación (Jn 20, 23) y de la eucaristía. Necesitamos los misterios de Cristo, especialmente el de su cruz vivificadora, y de su resurrección iluminadora y transformadora... ¡Qué diferencia hay entre un hombre *sin* Cristo, o *antes* de Cristo, y un hombre de *fe*, que vive una vida nueva de gracia en Cristo! (Rom 3, 16).

10 Pero *después* de la encarnación, la *fe explícita* es *mucho* mejor, y lleva más bendiciones, porque por la fe explícita conocemos a Jesucristo personalmente, y tenemos una relación conciente de amor con él, y participamos concientemente en la vida, amor, e interrelación de las tres Personas de la Santísima Trinidad; somos hechos hijos de Dios en el único Hijo, e hijos de la luz. Tenemos las enseñanzas de Cristo y el ejemplo de su vida. Participamos en sus misterios, sobre todo por medio de los sacramentos y por el año litúrgico. Tenemos el Espíritu Santo regocijándonos por dentro, y la inhabitación especial de la Santísima Trinidad en nuestro corazón, que es algo más que su presencia general en todas las cosas. Podemos recibir a Cristo en su humanidad sacramentada, que

nos une con su divinidad. Pertenece también visiblemente a la Iglesia, y tenemos todo su apoyo, los ejemplos de los santos, y la inspiración e instrucción de sus escritos. Morimos a sabiendas con Cristo a nuestra vida pasada de pecado y resucitamos con él iluminados por su resurrección en el bautismo. El sacramento de la reconciliación (Jn 20, 23) nos perdona inmediatamente de nuestros pecados e imperfecciones y nos da mucho alivio, paz, y alegría espiritual. Es una vida con Dios, una vida con Cristo, llena del Espíritu Santo, una vida de fe, alegre esperanza, y amor divino. Es una vida en la luz, una vida que resplandece con la presencia, amor, y gracia de Dios en nuestros corazones. Así son las ventajas de una fe *explícita* en Jesucristo. (Rom 3, 18).

11 ¡Qué justicia! La justicia de *Dios* viene a ser *nuestra* justicia, haciéndonos justos, cubriéndonos, renovándonos, y transformándonos en la justicia de Dios, perdonándonos todos nuestros pecados, y dándonos una vida nueva, una vida pura y santa, perdida en Dios, muerta al mundo, y viviendo en el cielo en espíritu; y después de la muerte entrando en la plena y gloriosa visión de Dios. Somos justificados por Dios, por su *propia* justicia, que nos cubre y lava. Esta justicia divina es una cualidad de Dios que él nos da, que nos deifica, nos reforma en su imagen, en la imagen del Hijo por obra del Espíritu Santo en nosotros (Rom 8, 29; 2 Cor 3, 18). Es una justicia justificante que nos justifica y nos hace resplandecer. Nosotros, que no fuimos justos, venimos a ser justos, justificados, llenos de la misma justicia de Dios, una justicia divina que nos diviniza e ilumina. Y todo esto es seguro y experimentado. Lo tenemos seguramente, sin duda alguna; no se nos ha dado de una manera oscura. (Rom 3, 21).

12 Todo ahora es gratuito. Todo es don. ¿Quién pudiera darse esto a sí mismo por sus propios esfuerzos humanos? ¡Nadie! Esto no se puede comparar con la ley y la justicia de la ley, que fue nada más que la preparación para esto, lo cual, al fin, Dios nos dio en la plenitud del tiempo. Una vez venida esta justicia de Dios, la ley ha terminado su función de ayo, de preparación. Ahora esta es la salvación de Dios dada a los hombres, tanto a los gentiles como a los judíos, para que sean hechos hijos de Dios, hijos de la luz, justos, santos, y puros, nuevos hombres, viviendo una vida nueva en la luz, resucitados e iluminados por la resurrección de Jesucristo de entre los muertos. Somos iluminados en él, perdonados por su muerte, que propició perfectamente al Padre, y llenos de la justicia divina por su resurrección. Es Jesucristo quien hizo esto para nosotros, “el cual fue entregado por nuestras transgresiones, y resucitado para nuestra justificación” (Rom 4, 25). Su muerte expió nuestros pecados ante el Padre; y su resurrección nos justificó, revistiéndonos de la justicia divina, que nos diviniza y deifica. (Rom 3, 21).

13 La justicia de Dios es como ropa espléndida con que Dios nos reviste cuando creemos en su Hijo. Nos hace parecer, y *ser, espléndidos* con el *esplendor* de Dios. La justicia de Dios nos cambia *realmente* y nos *transforma*. Dice Isaías: “En gran manera me gozaré en el Señor, mi alma se alegrará en mi Dios; porque me vistió con vestiduras de *salvación*, me rodeó de manto de *justicia*, como a novio me atavió, y como a novia adornada con sus joyas” (Is 61, 10). El ser vestido de vestiduras de *salvación* y el ser rodeado del manto de *justicia* es la misma cosa. Es ser cubierto de la *gloria divina*; es ser salvo, adornado, y embellecido de la *salvación* de Dios. Así nos embellece la *justicia* de Dios, nos adorna, nos hace resplandecer de la *gloria* de Dios. (Rom 3, 21).

14 Dios vino a la tierra para salvarnos con *su justicia*. Su justicia en este sentido no es su juicio ni su condenación. No es una norma jurídica que no podemos alcanzar, sino es su *gracia*, su *perdón*, su *gloria* dada a nosotros, su *misericordia*, su *salvación*. Ayudando a Israel, él ha hecho notoria su salvación; y al perdonarnos a nosotros, dándonos la vida divina y eterna, y haciéndonos hijos de Dios, hijos de la luz en Jesucristo, él ha descubierto a vista de las naciones su *justicia*. En Jesucristo los gentiles son, al fin, invitados a ser copartícipes de la justicia y salvación de Dios, y no por la observancia perfecta de la ley, que *nadie* ha podido hacer, sino por la gracia y misericordia de Dios, dadas ahora a nosotros en este tiempo final, por su único Hijo, y recibidas por la fe en él. Al recibir este don de la salvación y de la justicia, nosotros somos hechos justos con la misma justicia de Dios. Venimos a ser justos y rectos como Dios, compartiendo su rectitud, su justicia, y sus atributos. (Rom 3, 21).

15 La justicia de Dios está en Cristo, en su Persona. Nosotros también estamos en Cristo. Nuestra naturaleza, nuestra humanidad, nuestra esencia está en Jesucristo. Nuestra carne está en él, porque él se encarnó en *nuestra* carne. Tenemos solidaridad con su humanidad que contiene la justicia de Dios, porque su Persona divina tiene esta justicia. Su Persona divina y justa justifica y diviniza su propia humanidad, es decir, la humanidad de Jesús, por contacto, por ser unida con su humanidad por la unión hipostática. Porque *nuestra* humanidad está en *su* humanidad y es una cosa con su humanidad, nuestra humanidad también es justificada y divinizada por su Persona divina, pero no tanto como el cuerpo y alma mismos de Jesucristo. Esta justificación es válida para todo hombre, pero sólo los que creen en él pueden activarla para sí mismos. Por eso Pablo dice que Cristo es “justicia a todo aquel que cree” (Rom 10, 4). (Rom 3, 21).

16 Todo esto es mucho más que la justicia de la ley pudiera habernos dado, aun si existiera. Ahora que ha venido este tiempo de gracia y de la justificación por la fe en Cristo, el tiempo de buscar la justicia de la ley ha terminado. San Pablo, que anteriormente ha trabajado mucho para ser justo como fariseo en cuanto a la ley y a la justicia que es en la ley, y que dice que fue “irreprensible” en esto, ahora no tiene ningún interés más en este tipo de justicia, porque ahora él entiende la inferioridad de la justicia que es por la ley en comparación con lo que ahora tiene en Cristo por la fe. Él quiere sólo la nueva justicia divinizadora que viene por la fe en Cristo. Él no quiere, su “propia justicia, que es por la ley, sino la que es por la fe en Cristo, la justicia que es de Dios por la fe” (Fil 3, 9). (Rom 3, 22-23).

17 El estado de justicia no es un estado estático, sino dinámico, es decir, es un estado en que siempre crecemos más como hombres nuevos, renovándonos cada vez *más*, “hasta el conocimiento pleno” (Col 3, 10), despojándonos cada vez *más* del viejo hombre, como afirma Pablo: “habiéndoos despojado del viejo hombre con sus hechos, y revestido del nuevo, el cual conforme a la imagen del que lo creó *se va renovando* hasta el conocimiento *pleno...*” (Col 3, 9-10). (Rom 3, 24).

18 Esta es una vida vivida en las cimas de la luz, con nuestros corazones llenos de su alegría, sacrificando nuestra vida con Cristo en amor en la cruz que Dios nos dio, haciéndonos así un sacrificio de alabanza, una donación de nosotros mismos en amor al Padre con el sacrificio de Cristo, llenos del Espíritu Santo. Así nuestra vida ha venido a ser una canción de alabanza al Padre con Cristo en el Espíritu Santo. (Rom 3, 25).

19 Cuando damos testimonio de la verdad con nuestra vida, aunque sufrimos consecuencias humanas aparentemente negativas por nuestro testimonio, esto es muchas veces cuando experimentamos *más aún* el *brillo* de esta luz que viene de una conciencia pura y limpia, limpiada por la sangre de Jesucristo ofrecida en sacrificio al Padre en la cruz. Cuando somos *crucificados* así junto con él, vivimos y andamos de verdad en el *esplendor* de su luz. (Rom 3, 25).

20 San Juan en el Apocalipsis usa la imagen de lavar la ropa en la sangre del cordero, que es Jesús. Los que han hecho esto son los que ahora están “delante del trono y en la presencia del Cordero [Cristo], vestidos de ropas blancas, y con palmas en las manos” (Apc 7, 9). Son ellos los que han sido limpiados por la sangre de Cristo derramada en la cruz, y que han dado testimonio con sus vidas a la verdad, y han sufrido por su testimonio. Son ellos los que ahora están vestidos de ropas blancas con palmas en sus manos. Están recompensados ahora en la luz por su testimonio y por haber sufrido por la verdad. (Rom 3, 25).

21 Por eso Pablo dice aquí que no hay jactancia en la vida nueva en Cristo. Es, al contrario, una vida de gran humildad, realizando que la obra principal de nuestra nueva y gloriosa condición, que tiene tanto resplandor, no viene de nosotros mismos, ni de nuestros méritos, ni de la pureza que hemos logrado, ni de la perfección que hemos conseguido, sino que este resplandor y belleza de alma, que tanto nos alegra, viene sólo de Dios, y es dado libre e igualmente a cada hombre que cree en Jesucristo y que entrega su vida a él. (Rom 3, 26).

22 Pero teniendo esta justificación que viene de la fe, ¿qué nos importa lo demás? ¿Qué nos importa insultos, persecuciones, menosprecio, expulsiones, etc.? Justificados por la fe, con Cristo resplandeciendo en nuestro corazón, somos felices, y podemos aguantar todo en *paz*, en una paz celestial, con la alegría del Espíritu Santo. (Rom 3, 27).

23 Sólo Dios puede perdonar nuestros numerosos pecados e imperfecciones y resplandecer en nuestro corazón, haciéndonos resplandecientes, iluminados por dentro. Este es el don de la justificación que Dios nos da sólo por los méritos de la muerte de Jesucristo en la cruz. Nunca merecemos este don, sino que la recibimos por la *fe*. (Rom 4, 3).

24 Una vez justificado así, ¿quién no querría *continuar creciendo* más aún en esta luz admirable al vivir una vida virtuosa, incluso hasta de grado heroico? Cuanto más heroicamente podamos practicar las virtudes, tanto más luz Dios nos da gratuitamente en su bondad, como si tuviéramos el poder de merecer este incremento de luz. Es *su don* que nos permite merecer este incremento. No es que nuestras obras buenas *en sí* tienen este poder de aumentar la luz divina en nosotros. Pero cuando vivimos una vida heroicamente virtuosa, siempre obedeciendo la más perfecta voluntad de Dios para con nosotros, aun en las más pequeñas detalles que él nos revela diariamente con más claridad, entonces encontramos que, de verdad, Dios nos regala el don de su luz cada vez más espléndida, y vemos que, en efecto, hemos sido trasladados a las regiones de la luz, a las cumbres iluminadas, donde caminamos con Dios, como Adán en el jardín de Edén, en la alegría del Espíritu Santo. (Rom 4, 5).

25 Es por esta vida vivida en el esplendor de Dios que tantas personas, sobre todo los monjes de todas las edades y lugares, han buscado el silencio y el alejamiento de este

mundo para poder ocuparse siempre, y con toda la concentración de su ser, sólo con Dios, dedicándose a su amor, armando su tienda en su luz, regocijándose en su esplendor. Son atraídos por esta luz, y quieren vivir sólo para ella. Y como resultado, aun sin darse cuenta, ellos reflejan esta luz sobre el mundo por el ejemplo de su vida, por sus palabras, sermones, consejos, y escritos. Así es la vida en la luz. (Rom 4, 6).

26 Dios hace lo mismo con nosotros, prometiéndonos cosas que no podemos ver cómo sería posible realizarlas. Debemos hacer lo que hizo Abraham: creer y vivir según esta promesa en medio de un mundo que no entiende qué estamos haciendo porque no ha oído esta promesa.

El creer en la promesa porque era *Dios* que le reveló le hizo a Abraham un hombre de fe y esperanza, un hombre que se nutría de una fuente que no se veía, un hombre que vivía no para lo que sus ojos veían, sino para lo que no se veía. Era un hombre que vivía por la visión que Dios le dio, y no por las cosas que se ven; él vivía desde su corazón. Era un hombre que no vivió por la vista de los ojos, sino por la visión de su corazón. Esto es lo que le hizo grande a los ojos de Dios. Él vivía por medio de Dios y para Dios —por y para Dios. Él vivía de la visión, de la promesa, y para la visión y promesa, a pesar de lo que sus ojos veían y a pesar de lo que sus vecinos pensaban de él. Él era así, pues, un hombre de Dios, un modelo para nosotros. (Rom 4, 16).

27 La vida de fe, la vida de perfección, parece al mundo como una locura. Ved a Abraham, un hombre de setenta y cinco años de edad, y luego de cien años, esperando un hijo, creyendo que él sería padre de muchas naciones. ¡Qué locura!, piensa el mundo. Pero “lo insensato de Dios es más sabio que los hombres, y lo débil de Dios es más fuerte que los hombres” (1 Cor 1, 25). Dios escoge personas que el mundo cree son débiles y necios, y a estos él ama con gran predilección porque son personas de fe que siguen la voluntad de Dios y rechazan el respeto humano y la presión social. No hacen caso de lo que el mundo piensa, dice, o hace a ellos, porque viven sólo para Dios. A ellos Dios escogió para darles su amor, para que vivieran en este amor y esplendor. Ellos son los que han subido la montaña y viven ya en las cimas de luz, en regiones de la luz, y se calientan en el esplendor de Dios. (Rom 4, 20).

28 La justificación nos da la filiación divina (Gal 4, 5), haciéndonos hijos de Dios en el único Hijo divino, con el Espíritu de la filiación, el Espíritu Santo, inhabitando en nuestros corazones, “por el cual clamamos: ¡Abba Padre!” (Rom 8, 15). Y por la justificación Cristo resplandece en nuestros corazones, limpiándonos, purificándonos, y haciéndonos resplandecientes con la luz divina. La justificación nos da una participación en la naturaleza divina (2 Pd 1, 4), dándonos así una vida en la luz, porque Dios vive en “luz inaccesible” (1 Tim 6, 16) y envió a su Hijo para que nosotros también viviéramos en su esplendor, regocijándonos en su luz. Por eso dijo Jesús: “Yo soy la *luz* del mundo; el que me *sigue*, no andará en tinieblas, sino que tendrá la *luz* de la vida” (Jn 8, 12). La justificación nos da también un nuevo nacimiento en Dios; y nacidos de nuevo y de arriba, de Dios, tenemos ahora la vida divina del mismo Dios fluyendo en nosotros. Es una participación en su vida y amor.

La justificación también nos diviniza, nos deifica, porque nos injerta en Cristo, y su divinidad diviniza nuestra humanidad, como su propia Persona divina diviniza su propia humanidad, su propio cuerpo y alma. También nosotros somos en Cristo por naturaleza porque él comparte nuestra naturaleza, y él la transforma y diviniza. La justificación actualiza para nosotros, como individuos, esta divinización general de nuestra naturaleza

en Cristo. La justificación nos hace justos, puros, y santos ante Dios, como puro don inmerecido. Más aún Dios nos da también el don de incluso poder *merecer crecer* en la santidad por una vida virtuosa. Finalmente, los justificados, cuando mueren, pueden entrar en el cielo, abierto por la muerte de Cristo en la cruz. Allá recibirán la recompensa que merecen sus virtudes y que merece el grado de santidad de sus vidas por medio de sus obras. (Rom 4, 22).

29 Esta vida en la luz y esplendor de Cristo es lo que él quiere para con nosotros. Pero ¿cuántos llegan a este punto, purificando los sentidos y el espíritu para poder percibir este esplendor, y permanecer en él? Esta purificación es necesaria para llegar a este estado más desarrollado de resurrección espiritual y de una vida verdaderamente resucitada en Cristo. Muchos empiezan y experimentan sus principios, pero ¿cuántos son transformados y purificados para vivir regularmente en este esplendor? Son los que son personas de una sola luz, Jesucristo, de una manera integral, que llegan a este estado iluminado, disfrutando del esplendor que dimana abundantemente de Cristo resucitado. (Rom 4, 23-24).

30 Debemos ser orientados así hacia un futuro glorioso, lleno de luz, lleno de esplendor, por el cual estamos activamente preparándonos ahora y experimentando con anticipación cada día más su gloria, que está en el proceso de realizarse ya en el presente. Y nos calentamos aun ahora en este esplendor. Esto es lo que da sabor y belleza a nuestra vida presente. (Rom 5, 2).

31 El *amor* divino es un don espléndido, y es algo nuevo para la raza humana en esta forma e intensidad. Nunca ha sido derramado así tan espléndidamente en todo el Antiguo Testamento. Es el mismo amor divino en que vive el Padre con el Hijo en esplendor inefable. Es un río resplandeciente y fulgurante, un reventón de luz divina que siempre fluye y refluye entre el Padre y el Hijo en la noche de la eternidad regocijando los dos. Es el abrazo del amor infinito e inefable con que el Padre abraza eternamente al Hijo en luz inconcebible. Este amor magnífico y refulgente es ahora derramado en nuestros corazones cuando creemos en Jesucristo y obedecemos perfectamente la voluntad de Dios.

Sólo el perdón de nuestros pecados y la obediencia perfecta limpia nuestra alma para poder *percibir* y reflejar esta gloria mayestática del amor divino que Dios derrama en toda su refulgencia en nuestros corazones. De verdad, como dice san Pablo, Dios resplandece en nuestros corazones con la iluminación de la gloria divina brillando en la faz de Jesucristo (2 Cor 4, 6). Cuando somos purificados y limpios, vemos este resplandor que es el reflejo del amor divino en nosotros. Es como dice el libro de los Proverbios: “El hombre malo cae en la trampa de su transgresión, mas el *justo cantará y se alegrará*” (Prov 29, 6). Esta es la alegría que Cristo nos da, perdonándonos y librándonos de nuestros pecados. (Rom 5, 5).

32 Teniendo este río resplandeciente del amor de Dios fluyendo en nuestro corazón, que es el amor del Padre amando al Hijo, y del Hijo amando al Padre, vivimos en *esperanza*. Es como hemos sido transformados en esperanza por este flujo tan fulgurante en nosotros del amor divino. Es así porque la misma actividad interior, propia de la Santísima Trinidad, está fluyendo por nosotros, iluminándonos, y así nos da un gran anhelo para Dios, para vivir con él completamente y en una forma más cumplida,

completa, e íntima aún cuando Jesucristo volverá en toda su majestad en gran luz con todos los santos para hacer nuevas todas las cosas (Apc 21, 5). (Rom 5, 5).

33 Y ¿cómo es ser justo y santo? Es vivir obedientemente. Es vivir en la luz. Es tener un *nuevo tipo* de vida, una vida verdaderamente nueva. Es caminar en la novedad de la vida (Rom 6, 4), en la novedad del Espíritu (Rom 7, 6), revestido de Jesucristo (Gal 3, 27). Es ser libertado de la culpabilidad y del pecado al ser completamente perdonado por nuestra fe de todos nuestros pecados pasados. Es tener una naturaleza renovada y divinizada, llena de Dios, llena de luz. Es ser iluminado, esclarecido, alumbrado. Es vivir en la esperanza de la gloria, y ver todo por la óptica de la fe. Es ser profundamente amado, y lleno del amor de Dios. (Rom 5, 19).

34 Así vivimos en el encanto de la parusía, viviendo sin mancha y obediente en el presente. (Rom 5, 19).

35 Más que todos, el monje vive con su corazón en la parusía, y así su corazón resplandece y vive una vida iluminada por la luz radiante de este gran misterio. El encanto de esta visión afecta su vida presente y le da un nuevo aspecto, una cualidad de expectativa y moderación, de modestia y sobriedad. Él vive calladamente para no disipar esta visión de luz en que vive. Y así él vive modestamente, trabajando en silencio, sosegado y recogido. Él vive en la luz de esta esperanza de gloria. Es una vida vivida en la luz de esta expectación, una vida de alegría sosegada y tranquila. Mucho ruido, mucho movimiento, o mucha actividad rompen este encanto; y por eso el monje, hombre de esperanza, huye del mundo, huye del ruido. Él busca un lugar donde puede vivir en silencio, recogido en Dios, en su luz y paz. Ya purificado, obediente, y alejado de los placeres humanos, él vive en el esplendor de Dios con Cristo resplandeciendo en su corazón. Esta es la vida monástica, una espléndida vida. Él vive, entonces, en la esperanza del día cuando *todos* serán “constituidos justos” en el sentido definitivo, cuando Cristo vendrá en su gloria. (Rom 5, 19).

36 Ahora, pues, por el don de su gracia, nosotros resplandecemos con su justicia y con su propia vida divina. Vivimos en *su* vida en la luz, y el Señor es nuestra alegría. Su gracia brilla en nosotros, iluminándonos; y somos llenos de la esperanza de la gloria de Dios. (Rom 5, 20).

37 Por eso debemos entender que hemos entrado verdaderamente en una vida nueva, es decir: que hemos muerto verdaderamente a nuestro viejo modo mundano de vivir, y que Cristo hizo morir nuestra vida vieja; y en él, iluminados por el esplendor de su resurrección, ahora andamos “*en la novedad de vida*” (6, 4), vivimos un nuevo tipo de vida, una vida celestial aquí en la tierra, un preludeo del cielo. En esta vida nueva, experimentamos un anticipo de la gloria de la parusía. (Rom 6, 4).

38 Cuanto más podamos también *renunciar* a todo lo demás, viviendo *únicamente* y totalmente para Dios como nuestra única alegría, único tesoro, y único Señor, tanta más alegría encontramos en él. Por eso vivimos una vida *mortificada* y *ascética*. Al vivir así, vivimos en este gran y espléndido río del amor fulgurante que resplandece dentro de nosotros, iluminándonos con su claridad. Vivimos en esplendor y luz al vivir así. Vivimos así un anticipo de la gloria de la parusía, viviendo ya de antemano en su resplendor y belleza, regocijándonos en su refulgencia. Esta novedad de la vida es una espléndida vida que vivimos resucitados en Cristo resucitado. (Rom 6, 4).

39 Pero esta participación en su muerte y resurrección es más que esto. Nos crucificamos con Cristo al mundo, ofreciéndonos con él al Padre en un sacrificio de amor, y por la fe resucitamos también con Cristo, abrazando su resurrección, y nos encontramos en una vida nueva e iluminada en que Cristo resplandece en nuestro corazón y nos llena del amor de Dios. Nos encontramos como amigos de Dios, librados de la culpabilidad y viviendo en el esplendor de Dios. Estamos “en Cristo”, resucitados con él. (Rom 6, 5).

40 Esta es la grandeza de la vida cristiana. Esta es la buena noticia del evangelio, que en Cristo hay un nuevo mundo, y un nuevo modo de vivir, un nuevo tipo de vida, una vida pura en la pureza de Cristo, iluminada y resucitada en Cristo resucitado, muerta al pecado, y viva para Dios. (Rom 6, 6).

41 “*Y si hemos muerto con Cristo, creemos que también viviremos con él*” (6, 8). Y ¿cuándo es que viviremos con Cristo como consecuencia de haber muerto en él? Vivimos en él desde el día en que resucitamos nuevos y restaurados en él en su resurrección, desde el día de su resurrección cuando nuestra vieja naturaleza humana pecaminosa ya muerta, habiendo muerto en su muerte, ha sido resucitada de nuevo otra vez de la muerte al resucitar él de la muerte a nueva vida con Dios. Para nosotros esto sucede en el día de nuestro bautismo. Esto es el día en que empezamos a vivir un nuevo tipo de vida sumergida en Dios, en su vida, en su amor, en su voluntad, haciendo siempre sólo lo que él quiere. Si fuimos bautizados como infantes, esto sucede cuando activamos nuestra fe y maduramos en la fe. (Rom 6, 8).

42 Pero esta vida eterna comienza *ahora* en la *nueva calidad* de nuestra vida. Es una vida vivida en Dios, una vida escondida en Dios. Es una vida trinitaria, vivida en el seno de la Santísima Trinidad, es una vida en las cimas de la luz, vivida con las tres divinas Personas en esplendor y gloria. Es una vida encantada, vivida en el encanto de la cercanía del Señor. Es una vida desapegada de todo apego terrenal, porque estos apegos no hacen ninguna otra cosa que disminuir y destruir este esplendor, esta amistad con la Trinidad. Cristo quiere que *permanezcamos* en este esplendor (Jn 15, 9), en este encanto del amor divino, y permaneceremos así si somos desapegados y completamente obedientes a su voluntad y dirección de nuestra vida. (Rom 6, 22).

43 Su Persona es la Persona del Hijo, del Verbo eterno, la segunda Persona de la Santísima Trinidad. Esta persona asumió nuestra carne débil en Jesucristo y la santificó. Por esta carne santificada de Jesús somos todos renovados y santificados, y la debilidad de nuestra carne es reparada. Esta santificación del cuerpo de Jesús condenó el pecado en la carne. En él había carne humana perfecta, sin pecado. El pecado fue expulsado de la carne humana en su carne humana santificada y sin pecado. Si nacemos de él como de un nuevo Adán, nacemos con su carne santificada. El bautismo y la fe es nuestro nuevo nacimiento de él, como sus descendientes, heredando lo que él tiene, una carne santificada y divinizada, sin pecado. El bautismo y la fe nos dan una participación en su carne divinizada y sin pecado. Así su *encarnación* repara y restaura nuestra carne y nuestra naturaleza. (Rom 8, 3).

44 Adán y Eva fueron creados a la imagen y semejanza de Dios, pero después de su pecado, esta imagen fue oscurecida. Pero en Cristo, es renovada y resplandece otra vez en nosotros. En Cristo tenemos, como Adán y Eva, gran intimidad con Dios, y él incluso nos libra de las pasiones y del pecado. Cristo renovó el género humano. En su muerte,

nuestra naturaleza murió a su estado caído, y fue resucitada restaurada en su resurrección; y así vivimos hoy en Cristo en su luz, amor, y esplendor, como él mismo nos dijo: “Como el Padre me ha amado, así también yo os he amado; *permaneced* en mi amor” (Jn 15, 9). Así es restaurada la inocencia de Adán y Eva, y vivimos en el amor con que el Padre ama a Cristo. Si lo obedecemos, permaneceremos en este espléndido amor, en este esplendor del amor divino, como él nos enseñó: “Si guardareis mis mandamientos, *permaneceréis* en mi *amor*; así como yo he guardado los mandamientos de mi Padre, y *permanezco* en *su amor*” (Jn 15, 10). Así es el no estar en la carne, sino en el Espíritu (Rom 8, 9).

45 Pero son *pocos* los que llegan a este estado de purificación, porque son *pocos* los que renuncian a los placeres de la vida y viven una vida obediente de oración y ayuno lejos del mundo en su mundanidad con sus distracciones y tentaciones. Son *pocos* los que viven en el desierto según el ideal de Juan el Bautista, viviendo sólo para Dios, y como consecuencia sumergidos e inundados en su amor y esplendor. Pero los que viven así pueden estar no más en la carne, sino en el Espíritu. (Rom 8, 9).

46 Uno siempre puede caer atrás y estar otra vez en la carne, viviendo según la carne. Por eso es tan importante *huir* de este mundo en su mundanidad con todas sus tentaciones y distracciones, y dejar todo estilo mundano de vivir. Esto aplica a todos, sobre todo a los monjes, pero a cada uno según su estado de vida y vocación. El Espíritu Santo le mostrará cómo debe aplicar este ideal a su vida. La mejor vida, si queremos ser transformados y divinizados, es, de una manera u otra, la del desierto. Todos son llamados a este ideal, a una vida *obediente*, vivida íntimamente con Dios, sumergida en el esplendor del amor divino en Jesucristo. Esta es la vida en las cimas de la luz, con nuestra tienda armada en el esplendor de Dios, contemplando su belleza, e iluminada por la esperanza de la gloria (Rom 5, 2). (Rom 8, 12).

47 Los monjes no renuncian a los placeres del cuerpo sólo porque son pecaminosos: comer carne no es pecado, comer condimentos no es pecado, desayunar y cenar no son pecados. Visitar a su familia en su casa no es pecado. Vestirse de ropa seglar no es pecado. Comer delicadezas no es pecado. Sin embargo, tradicionalmente los monjes han renunciado a todas estas cosas, no porque son pecaminosas, sino para tener un espíritu más recogido en Dios, una vida vivida sólo para él, y un corazón más indiviso reservado únicamente para el Señor. Así renuncian a muchos de los placeres de la carne y del cuerpo, y no viven según los deseos de la carne. Viven más bien por medio de las inspiraciones del Espíritu Santo. (Rom 8, 13).

48 La vida resucitada vivida no según la carne, sino según el Espíritu es la vida de un *extranjero* y *peregrino* en este mundo: “Amados, yo os ruego como a *extranjeros* y *peregrinos*, que os abstengáis de los deseos *carnales* que batallan contra el alma” (1 Pd 2, 11). No es que no tenemos interés en la salvación y mejoramiento del mundo, pero es que no debemos vivir una vida mundana. Y así somos peregrinos para Cristo, pasajeros aquí abajo, extranjeros en los entretenimientos de este mundo. No queremos enredarnos en los apegos y placeres de aquí abajo, porque nuestra ciudadanía (Fil 3, 20) y corazón (Mt 6, 19-21) están en el cielo. Somos como buenos soldados de Cristo, y “Ninguno que milita se enreda en los negocios de la vida, a fin de agradar a aquel que lo tomó por soldado” (2 Tim 2, 4). No somos, pues, de este mundo: “No son del mundo, como tampoco yo soy del mundo” (Jn 17, 14). Somos más bien *extranjeros* y *peregrinos* aquí

abajo. Así, no viviendo según la carne sino según el Espíritu, somos *muertos, crucificados, y sepultados al mundo, pero resucitados y vivos para Dios.* (Rom 8, 13).

49 Uno que vive en el esplendor del amor divino ya ha vencido el temor. Él ya tiene lo que los demás están buscando, y sabe que nadie puede quitárselo. Por eso ¿qué tiene que temer? (Rom 8, 14).

50 Una enfermedad sufrida por el amor de Cristo tampoco nos separa de modo alguno del amor de Cristo, y en efecto, “*en todas estas cosas somos más que vencedores por medio de aquel que nos amó*” (8, 37). Ningún de estos problemas puede separarnos del amor de Cristo; y en cada uno de ellos “*somos más que vencedores*” (8, 37) y *crecemos* en el esplendor del amor divino quemando nuestro corazón, transformándonos, divinizándonos, y llenándonos con la gloria de Cristo. Nada puede separarnos del amor de Cristo, y, de hecho, las cosas que más tememos son las que nos unen más con él en amor. (Rom 8, 37).

51 Así, pues, somos vencedores del mundo en el amor de Cristo. Este amor quema nuestro corazón y vence todo. En cualquier cosa que nos suceda, Dios nos protegerá y la transformará en algo bueno para nosotros. Cuando san Pablo fue encadenado en la cárcel, escribió sus famosas cartas que hicieron más bien que toda su predicación. ¿Por qué, entonces, tenía que temer la cárcel? Es la misma cosa con una enfermedad que limita nuestra movilidad. Así podemos concentrarnos *mejor* en la contemplación, la lectura, y en escribir, que son las actividades más sublimes. (Rom 8, 37).

52 Unos serán llamados por Dios a ser misioneros, a viajar por el mundo como san Pablo, predicando a Cristo y esta nueva vida en él. Otros serán llamados a una vida de soledad y contemplación en el desierto, lejos de los hombres, lejos del mundo. Al ser fiel a su llamado, cada uno descubrirá su vocación y el camino por el cual Dios quiere que se santifique. Si Dios está llamando a uno a ser un monje, por ejemplo, sirviéndolo en la soledad, en una vida austera y silenciosa de renuncia radical a los placeres de esta vida y recogido en Dios, *nadie puede prohibirlo.* Es Dios que lo llama así. (Rom 8, 38-3).

53 Otro medio para confesar a Cristo con la boca es escribir. Si escribimos algo lleno de una fe que es *integral* con nuestra vida y lo compartimos con otras personas, *confesamos* a Cristo y alimentamos nuestra propia fe y la de los demás. Alimentamos nuestra propia fe confesando a Jesús así con la boca por escribir, porque el escribir es un modo de profundizar nuestro propio entendimiento de la fe. Y al mismo tiempo el escribir es un excelente medio para *confesar* a Cristo con la boca delante de los hombres para su alimentación también. Y entonces Dios nos exaltará a nosotros delante de su Padre por haberlo confesado y exaltado a él delante de los hombres. (Rom 10, 10).

54 Cristo resplandece en nuestros corazones con la gloria de Dios para nuestra iluminación (2 Cor 4, 6) porque él mismo vive en la gloria de Dios. Su Padre lo cubre con su propia gloria, glorificándolo, mientras que el Hijo también glorifica al Padre, dándole todo honor y toda gloria para siempre. El uno glorifica al otro, como dos amantes, cada uno encendiendo el fuego del amor en el otro, y cada uno llenando al otro con el fuego de su amor. Así vive eternamente el Padre con el Hijo, abrazados en el esplendor inefable del amor divino, que es el Espíritu Santo, que es derramado en nuestros corazones cuando creemos en Jesucristo. Así somos injertados en la actividad

íntima de la Santísima Trinidad, que es el amor mutuo y espléndido entre el Padre y el Hijo en el Espíritu Santo. (Rom 10, 12).

55 Al vivir así en temor y temblor, evitando todo lo que es contra la voluntad de Dios, a veces uno será *aborrecido* de todos por su *obediencia* a Cristo (Mt 10, 22), la cual el mundo ni entiende, ni acepta. Pero el que vive así en temor y temblor *prefiere* con mucho el dolor de ser *aborrecido* de todos, al dolor mucho peor de haber ofendido a Dios al dejar de hacer su voluntad para evitar el odio y rechazo de los hombres. Así debemos vivir en temor y temblor. Esta es la vida santa, la vida feliz. Esta es la vida de perfección, la vida de la cruz, bendita por Dios. Aunque somos aborrecidos, somos felices en Dios con su amor brillando en nuestro corazón. Esta fue la experiencia de los mártires; y debemos imitarlos si queremos vivir en este esplendor como ellos. (Rom 11, 20).

56 ¿Qué dolor más grande hay que este dolor de haber ofendido a Dios y perdido su esplendor y alegría en nuestro corazón, y en vez de estos, experimentar dolor, tristeza, y oscuridad, y todo por nuestra culpa? Es un dolor físico y espiritual en nuestro corazón. Sería mejor sufrir todo otro tipo de dolor que este. Sería mejor ser atacados por todo el mundo y ser rechazados y aborrecidos de todos, que tener este gran dolor interior por haber ofendido a Dios por algo que nosotros mismos hemos hecho. Por eso vivimos en *temor y temblor* del pecado, *temor y temblor* de hacer algo que no agrada a Dios. Es por eso que los mártires prefirieron morir antes de pecar al negar su fe. Y por eso Jesús nos enseña que debemos aguantar ser aborrecidos de *todos* por hacer su voluntad y no dejar de hacerla para evitar este odio de todo el mundo: “Y seréis *aborrecidos* de *todos* por causa de mi nombre; mas el que *persevere* hasta el fin, éste será salvo” (Mt 10, 22). (Rom 11, 20).

57 Jesús dice: “*permaneced* en mi amor” (Jn 15, 9). Su amor es una hoguera que resplandece con un fulgor incomparable que penetra cada fibra de nuestro ser. Podemos permanecer en este esplendor por la perfecta obediencia a su voluntad. Esto es muy difícil, pero debe ser el gran proyecto de nuestra vida. ¿Quién no querría permanecer en este esplendor? Obediencia es el camino para lograrlo. (Rom 11, 22).

58 Pero si *permanecemos* en la vida, que es Cristo, tendremos la vida divina en nosotros, la misma vida espléndida en que viven juntos el Padre y el Hijo. Dios ha enviado a Cristo para que pudiéramos participar en esta vida divina, que es una vida de esplendor y luz, una vida llena del amor divino, que es el amor entre el Padre y el Hijo. Es un esplendor que sólo Cristo puede darnos. (Rom 11, 23).

59 La persona más santa no es la que hace más, o produce más, o que es más activa, ni siquiera la que ayuda más a los otros. La santidad no se mide así. La persona más santa es la que se dispone mejor para recibir los dones de Dios, despojándose más de todo lo demás, crucificándose más al mundo, desprendiéndose y desapegándose más de los placeres humanos y mundanos, y ofreciendo su corazón más puramente, que quiere decir más totalmente, a Dios en todo, todo el tiempo. La persona más santa es la que cree más profundamente, que vive más totalmente por la fe, por la cual ella recibe la justificación y la semejanza de Dios. Es también la persona que espera más. Espera toda su felicidad sólo de Dios, y vive anhelando con alegría espiritual la venida del Señor en su gloria. Finalmente, la persona más santa es la persona que vive en el amor de Dios y que ama a

Dios con todo su corazón, con un corazón completamente indiviso, y que hace todo lo que hace sólo por el amor a Dios. (Rom 11, 30).

60 Por eso, aunque nosotros vivimos en un pacto de *amor* con Dios por Jesucristo, aun así todavía hay un lugar en nuestra vida con Dios por el *temor* y *temblor*, para ocuparnos en nuestra salvación con *temor* y *temblor* para que no caigamos por inadvertencia en pecado o error y perder este gran amor de Dios, para que el resplandor de su gracia no disminuya en nuestro corazón, y para que no caigamos en oscuridad y gran dolor de corazón por haber ofendido a Dios o a nuestro prójimo, lo cual es también una afrenta contra Dios. Queremos más que todo permanecer en este esplendor en que vivimos en Cristo por su justificación, y por nuestra fe y obediencia a su voluntad en todo. Debe ser nuestro gran *temor* el caer fuera de este espléndido amor y perder esta vida de luz y esplendor que él nos dio en este camino de su voluntad, que es el camino ascético-místico de la vida nueva del hombre nuevo. (Rom 11, 30)

61 Vete y vive en mi presencia, en mi amor, en mi *esplendor*. Vive una vida *espléndida*, una vida enamorada de Dios, una vida bañada de su luz, una vida obediente, callada, moderada, desprendida, y desapegada. Esta es una vida vivida en una paz celestial, y es la voluntad de Dios para con nosotros. (Rom 11, 32).

62 Por la fe y por nuestra participación en el misterio pascual, morimos al hombre viejo y resucitamos, iluminados y transformados en su resurrección para vivir una vida nueva como hombres nuevos, criaturas nuevas en Cristo, viviendo en su esplendor, divinizados por él. Vivimos así una vida resucitada y divinizada, muertos al mundo y a sus placeres, muertos al modo mundano de pensar y vivir, y viviendo ahora en él una vida moderada y modesta, una vida callada, desprendida, y desapegada. Renovados así, participamos de la vida trinitaria, y vivimos con la vida divina en nosotros, divinizándonos, deificándonos, y haciéndonos resplandecientes en el amor divino, en el Espíritu Santo que ya inhabita en nuestros corazones, si le obedecemos perfectamente. (Rom 11, 33).

63 ¡Qué diferentes son el placer mundano y la felicidad en el fondo del espíritu! No son la misma cosa; son opuestos. El placer mundano extingue la verdadera felicidad de Dios en el fondo del espíritu. Es la felicidad en el fondo del espíritu que debemos buscar, y renunciar al placer mundano. Así el camino *ascético*, que es el de la renuncia al placer mundano, es el camino que nos lleva a la vida *mística*, que es la felicidad que sólo Dios puede dar en el fondo del espíritu.

¿Pero cuántos saben esto? ¡Pocos! Y así nos enseña Jesús: “estrecha es la puerta, angosto el camino [el camino *ascético*] que lleva a la vida [la vida *mística*], y *pocos* son los que la hallan” (Mt 7, 14). La *mayoría* siguen el camino del placer de este mundo que extingue esta felicidad en el fondo del espíritu, como nos enseña Jesús: “ancha es la puerta, y espacioso el camino [el camino del placer mundano] que lleva a la perdición, y *muchos* [la *mayoría*] son los que entran por ella” (Mt 7, 13). La conclusión, en las palabras de Jesús, es: “Entrad por la puerta *estrecha*” (Mt 7, 13). Los que son sabios siguen esta enseñanza sumamente sabia, pero poco seguida. (Rom 12, 1).

64 Así es el poder de la palabra predicada de una persona vuelta hacia el interior, desapegada de los apegos humanos, y desprendida del mundo exterior. (Rom 12, 6)

65 Él profeta invita al pueblo a una vida iluminada y divinizada, una vida angélica y celestial. El profeta invita al pueblo a volver hacia el interior y alejarse de lo exterior,

para vivir más constantemente en el esplendor del amor divino, experimentándolo con más intensidad. ¿Qué don más grande hay que este don de la profecía, que llama al pueblo a tantas grandes cosas? (Rom 12, 6).

66 Así es la vida *resucitada* con Cristo. Es una vida de fervor y a la vez una vida *crucificada* en amor con Cristo al mundo. Es una vida vuelta hacia el interior, desapegada de lo exterior, y vivida en el esplendor del amor divino. Nadie faltará de notar la vida de alguien que vive así, porque su vida y manera y estilo de vivir es tan diferente de los demás en su ambiente. Él es callado y sosegado, guardando sus sentidos y su espíritu, viviendo en moderación y modestia, en el encanto del amor divino que quema su corazón, llenándolo de luz. Su vida es su mejor sermón. Ella da un bello testimonio del fervor de su espíritu; y su espíritu halla expresión en esta forma *crucificada* de vivir, enamorada de Dios y viviendo sólo para él en todo, desapegada y desprendida de lo demás. Así uno vive en *fervor*, sólo para Dios en su luz, regocijándose en su esplendor. Pero para vivir así, uno tiene que ser purificado de los amores pasajeros y de los placeres mundanos que extinguen todo esto. (Rom 12, 11).

67 ¡Qué importante es, entonces, hacer todo lo posible para purificarnos, para vivir únicamente para el Señor con un corazón indiviso, lejos de las distracciones exteriores! Aquí vemos la importancia de la vida ascética, de la vida claustral, de la vida completamente separada del mundo y sus distracciones. La vida monástica es una vida vuelta hacia el interior y vivida en el esplendor del amor divino que quema el corazón, llenándolo de luz. ¡La vida claustral es una gran ayuda para vivir “*fervientes en espíritu*” (12, 11)!

68 Debemos estar *siempre preparados y siempre preparándonos* para este gran día, y esta es nuestra alegría: el ser siempre preparándonos para este día, siempre más desprendidos del mundo, siempre más despojados de sus distracciones, y siempre más desapegados de sus apegos, y así cada vez más inundados del esplendor de Dios, encantados de vivir en tanta luz. Cuanto más meditamos sobre este último día de gloria, tanto menos queremos mezclarnos en las cosas de aquí abajo (Col. 3, 1-2) que disipa esta gran visión, esta alegría en que vivimos en el esplendor del amor divino quemando nuestro corazón. Más bien queremos guardarnos del mundo, de su ruido, y distracción. Queremos vivir en este encanto, vuelto hacia el interior, despojados de las cosas exteriores, en oración y recogimiento, en trabajo silencioso y recogido, en santa espera, en preparación, y en alegre expectativa, crucificados como san Pablo al mundo, y el mundo a nosotros (Gal 6, 14) —o en pocas palabras: “*gozosos en esperanza*” (12, 12). Y viviendo así, ayudamos al mundo más que por cualquier otro tipo de vida. Elevamos su nivel espiritual. (Rom 12, 12).

69 Y, de veras, todo nuestro día debe ser transformado en una *oración incesante*. San Pablo dice: “*Orad sin cesar*” (1 Ts 5, 17). Esto podemos hacer al despojarnos siempre más de lo exterior, aun *no viendo* con nuestros ojos el mundo de la naturaleza alrededor de nosotros por el esplendor infinitamente más brillante que vemos en nuestro interior, enfocándonos exclusivamente en Dios, inundados de las olas resplandecientes de su amor. (Rom 12, 12).

70 Después de este tipo de oración apofática, uno no quiere hablar más, sino que sólo quiere guardar el silencio, y vivir una vida silenciosa y recogida en paz con Dios, quien resuelve todos los problemas de los que se dedican totalmente a él y hacen perfectamente

su voluntad, desapegados de todo lo demás. Así en la oración, ellos ven que la vida *silenciosa y desprendida*, guardando los sentidos, es la mejor vida, la más celestial, la más feliz, la más iluminada, la más llena de esperanza y del amor divino. (Rom 12, 12).

71 Puesto que en Jesucristo hemos vencido al mundo y todas sus falsas atracciones, tentaciones, seducciones, e intimidaciones, debemos en adelante vivir una vida verdaderamente *victoriosa*, sólo para Dios, dejando y renunciando a todo lo demás, desprendiéndonos y desapegándonos radicalmente, para que Dios pueda inhabitar en nuestro corazón con poder y mucha luz. Esto es porque Dios vive poderosamente en un corazón *desprendido de todo lo que no es él*, y *desapegado* de todos los apegos humanos. Alguien que tiene un corazón desapegado y desprendido así, con Dios inhabitando en él, ha *vencido* al mundo, y vive una vida *victoriosa*. Así pues, “*No seas vencido de lo malo, sino vence con el bien el mal*” (12, 21).

72 De verdad, somos iluminados por Cristo, especialmente cuando abrazamos su cruz. El no deja morir vacío a alguien que ha muerto al mundo por amor a él. Después de poco tiempo lo alumbrará. Por eso qué importante es ser sabios y no necios, ser santos y no mundanos, ser obedientes y no desobedientes, ser desprendidos del mundo y no apegados a nadie, muertos y crucificados al mundo, resucitados y aun ascendidos, para vivir con Cristo con nuestro corazón en el cielo una vida celestial, aunque nuestro cuerpo, muerto a este mundo, todavía está aquí abajo. (Rom 13, 1).

73 Expresamos nuestro amor a Dios en la oración silenciosa y enfocados en él todo el día durante nuestro trabajo silencioso, vueltos hacia el interior y alejados de las cosas exteriores, pero también irradiando silenciosamente este amor en que vivimos a nuestros hermanos, perdonándoles sus faltas, y deseándoles bien. (Rom 13, 8).

74 Debemos usar para el bien de nuestro prójimo el gran amor de Dios que quema nuestro corazón. Hacemos esto al vivir más aún en este amor de Dios e irradiarlo al prójimo. Vivimos más en el amor de Dios al volver hacia el interior, alejándonos de las cosas creadas y desapegando nuestro corazón de todo apego humano. Así el amor de Dios se dilata en nosotros e incluye al prójimo en su ámbito. Él que vive en el amor de Dios, inundado de este amor, tiene un gran deseo de compartir este esplendor con su prójimo y ayudarle para que él también pueda amar a Dios. Uno puede compartir este amor con su prójimo al irradiarle este amor, al hablarle del amor de Dios, y al darle el ejemplo de la propia vida para mostrarle cómo uno puede experimentar y crecer en este amor. (Rom 13, 8).

75 El camino para experimentar este amor es el camino estrecho y angosto de la vida, el camino de la cruz, que *pocos* hallan, y menos aún escogen. Es el camino de la crucifixión, el camino de la renuncia, y de la mortificación. Tenemos que ser mortificados al mundo si queremos ser inundados del amor divino y así poder irradiarlo al prójimo. Sin escoger y vivir la cruz, experimentamos muy poco de este amor de Dios, porque sin vivir la cruz, nuestro corazón no está suficientemente vacío para experimentar este gran amor. Dios normalmente visita los corazones vacíos y vueltos al interior, los corazones no divididos por apegos humanos. El que no puede separarse del mundo, no vive profundamente en el amor de Dios, y no puede irradiarlo a su prójimo con mucho éxito ni con mucha intensidad y pureza. La luz de Cristo brilla, en cambio, en un corazón crucificado al mundo. El amante de la cruz es el gran amante de Dios. (Rom 13, 8).

76 El amor de Dios es un río resplandeciente y fulgurante. Si entramos en este río, toda nuestra vida desde entonces en adelante debe ser dirigida a ayudar a nuestro prójimo a entrar también en este mismo río, y a mostrarle el camino del desprendimiento y de la cruz que es el camino que nos conduce a este gran río. El amor de Dios nos impulsa a amar a nuestro prójimo y a dirigirlo a este mismo amor de Dios. El amar a nuestro prójimo nos ayuda a encontrar este amor de Dios. Entonces habiéndolo encontrado, tenemos que compartirlo otra vez con nuestro prójimo. (Rom 13, 9).

77 ¿Qué es una vida vigilante? Es una vida lejos del mundo y sus placeres, y recogida en Dios. Es una vida restaurada en Cristo, muerta al pecado y al pasado. Es una vida vivida en el amor de Dios y del prójimo. Es una vida que espera la venida del Señor y la vida eterna con él en el cielo. Es una vida que vive *siempre preparada* a la luz de esta expectación. Es una vida de expectación gozosa, llena del amor de Dios. (Rom 13, 11).

78 Ahora es el tiempo oportuno, o como dice san Pablo: “He aquí ahora el tiempo aceptable; he aquí ahora el día de salvación” (2 Cor 6, 2). Debemos “*levantarnos del sueño*” (13, 11) y *cambiar* nuestra vida. Debemos volver hacia el interior y *despojarnos* del exterior porque el Señor está cerca. Está esperándonos en el desierto. Debemos acompañar a san Juan el Bautista, dejándolo todo para vivir a solas con el Señor en el esplendor de su amor en el desierto, viviendo una vida resplandeciente, preparando el camino del Señor. (Rom 13, 11).

79 El tiempo es corto, porque vivimos en los días de la resurrección, en los días del cumplimiento de las profecías, en los días mesiánicos, en los últimos días, los últimos tiempos, y debemos vivir *preparados*, conociendo que el Señor pueda venir en cualquier momento. Por eso debemos vivir en el amor de Dios, desprendidos de este mundo, vueltos hacia el interior, viviendo en el esplendor del amor divino quemando nuestro corazón. Así nos dice san Pablo: “Pero esto digo, hermanos: que el tiempo es *corto*; resta, pues, que los que tienen esposa sean como si no la tuviesen; y los que lloran, como si no llorasen; y los que se alegran, como si no se alegrasen; y los que compran, como si no poseyesen; y los que disfrutan de este mundo, como si no lo disfrutasen; porque la apariencia de este mundo se pasa” (1 Cor 7, 29-31). Es decir que debemos vivir en este mundo, como si no viviésemos en este mundo. Debemos ser no de este mundo, no teniendo nuestro interés aquí abajo, sino arriba con Cristo, viviendo en la espera de su venida, cada día más preparados, cada día más cerca de nuestra salvación, cada día más despojados, “*porque ahora está más cerca de nosotros nuestra salvación que cuando creímos*” (13, 11).

80 Por eso debemos también ser más despiertos ahora que antes, “*conociendo el tiempo, que es ya hora de levantarnos del sueño*” (13, 11). Y ¿quiénes son los que todavía duermen? sino los que todavía viven como todo el mundo, todavía hundidos en las alegrías y tristezas del mundo como si estos tiempos en los que ya vivimos no fuesen los últimos tiempos, los tiempos mesiánicos, los tiempos del cumplimiento de las profecías. Ellos todavía duermen, no saben que “el tiempo es *corto*” (1 Cor 7, 29), y que estamos esperando “la final trompeta” y nuestra transformación, porque “todos seremos transformados, en un momento, en un abrir y cerrar de ojos, a la final trompeta; porque se tocará la trompeta...y nosotros seremos transformados” (1 Cor 15, 51-52). Debemos, entonces, vivir en expectativa de esta transformación, envueltos en el encanto del amor

de Dios, lejos del mundo, desprendidos de todo, y encendidos del amor divino, encantados de vivir en otro mundo, buscando las cosas de arriba donde está Cristo, y haciendo morir lo terrenal en nosotros, viviendo en el espíritu y no en la carne. Así es vivir “*conociendo el tiempo, que es ya hora de levantarnos del sueño*” (13, 11).

81 Aunque la mayoría en una comunidad imitan más las modas y prácticas del mundo que las de la auténtica tradición monástica, esto no prueba que la mayoría tiene razón sólo porque son la mayoría y porque así se hace en esta comunidad. Hay *principios* más profundos de la vida monástica que deben guiarnos, *principios* que encontramos en los Padres del Desierto, en las obras de san Juan Casiano, de san Juan de la Cruz, de Juan Taulero, y en *La Imitación de Cristo*, por ejemplo. Si no somos fieles a estos principios fundamentales, entonces aunque somos la mayoría, esto no quiere decir que tenemos razón. Es por eso que en cada generación Dios inspira a profetas para recordar a la comunidad de sus raíces y de los principios fundamentales de su forma de vida. (Rom 13, 13).

82 Esta es la vida bendita, la vida llena de alegría y del amor de Dios. Es una vida crucificada al mundo, y el mundo a ella, una vida que ha renunciado a todos los placeres innecesarios de este mundo para vivir *sólo* para Cristo que murió y resucitó por nosotros. Si morimos, morimos para el Señor. Nuestra muerte es nuestro último sacrificio, ofreciéndonos como un holocausto de amor a Dios, muertos a todo lo demás de este mundo y de esta vida. Y si vivimos, vivimos sólo para el Señor, que quiere decir que somos muertos a todo lo que no es él. Así nuestra vida es una vida constantemente crucificada, constantemente crucificándose a este mundo, constantemente crucificándose en amor a Dios, en la donación amorosa y completa de nosotros mismos a Dios, como una víctima u holocausto ofrecido en amor a él. ¡Qué bella es esta vida sacrificial, ofrecida a Dios en amor! Esta vida es la vida crucificada, pero la experimentamos como la vida resucitada, porque es tan llena de gozo espiritual. Así es la vida de perfección, la vida que Dios quiere que vivamos. Es un *nuevo tipo* de vida, un nuevo estilo de vivir en este mundo. Es una vida celestial porque nuestro corazón está con Cristo en el cielo, aunque nuestro cuerpo está todavía aquí en la tierra. Entonces podemos ser como puentes, uniendo el cielo con la tierra, comunicando a los demás las bendiciones y la paz del cielo, porque allá vivimos en nuestro espíritu, y los gozos celestiales son nuestros gozos que podemos compartir con los demás, con los que los buscan con sincero corazón. (Rom 14, 7-8).

83 La vida monástica es una vida celestial y angélica aquí en la tierra. Saboreamos aquí en la tierra la dulzura de Cristo y su amor. Es una vida disciplinada, una vida de renuncia a los gozos de este mundo para poder saborear mejor los gozos del cielo. Tradicionalmente los monjes estrictos no comen carne ni delicadezas ni comida condimentada. Así tratan de vivir concretamente sólo para Dios y no para sí mismos. También tradicionalmente no desayunaban, y cenaban sólo seis meses al año. Viven en clausuras, *lejos del mundo*. Viven en mucho silencio. Trabajan en silencio. Ellos, de verdad, son los *débiles* de este mundo que conocen su *debilidad* y su *necesidad* de estas *renuncias* para poder vivir en *actualidad* una vida *celestial*, una vida vivida en el amor de Dios. ¡Gracias a Dios por estos débiles que bendicen al mundo con su unión con Dios y por su ejemplo! Ellos viven sólo para el Señor, y por eso tratan de dejar todo lo demás. Pero también tienen que tener respeto por los fuertes que viven en el mundo y derraman

su vida por el amor a Dios de otra manera, haciendo muchas obras buenas en el mundo. (Rom 14, 7-8).

84 Cuanto más sufrimos por Cristo, tanto más felices somos y tanta más luz vemos dentro de nuestro corazón. Fue por esta razón que san Pablo siempre llevó “por todas partes la muerte de Jesús, para que también la vida de Jesús se manifieste en nuestros cuerpos” (2 Cor 4, 10). Si estamos en la voluntad de Dios y perdonados por Cristo de nuestros pecados, aunque somos vituperados, nos regocijamos en nuestro espíritu con júbilo, sabiendo que así estamos ayudando al máximo aun a los que nos persiguen. (Rom 15, 4).

85 Y ¿qué debemos hacer cuando somos vituperados por seguir la voluntad de Dios? Debemos *regocijarnos* y vivir en *alegría* y júbilo de espíritu porque esto es cuando Dios llena nuestro corazón con su luz y consolación como *recompensa*, como dice san Pedro: “*gozaos* por cuanto sois participantes de los padecimientos de Cristo... Si sois vituperados por el nombre de Cristo, sois *bienaventurados*, porque el glorioso Espíritu de Dios reposa sobre vosotros” (1 Pd 4, 13-14). Dios nos *recompensa ricamente* cuando somos vituperados por hacer su voluntad delante de los hombres. Él nos confiesa delante de su Padre por haberle confesado delante de los hombres (Mt 10, 32). (Rom 15, 4).

86 Nunca somos más felices que cuando somos obedientes a la voluntad de Dios y somos vituperados por nuestra obediencia, porque es entonces cuando Dios nos recompensa con la alegría del Espíritu en nuestro corazón. (Rom 15, 4).

87 Nosotros vivimos también en esperanza. Somos, como los judíos, un pueblo de esperanza, y por eso aunque vivimos en la luz de Cristo, todavía esperamos aún más luz, cuando él venga por la segunda vez sobre las nubes del cielo en gran luz y poder. Por eso nos guardamos puros de este mundo por este gran día, aguardando esta esperanza con alegre expectativa, siempre preparándonos más. Así, de hecho, vivimos en un anticipo de esta luz que no se pondrá jamás (Is 60, 20), que es la luz de Cristo (Jn 8, 12). Cuanto más podemos guardarnos de ser manchados por la mundanidad, tanto más vivimos en este encanto y tanto más caminamos en esta luz, pasando siempre más horas de nuestro día en el encanto de la luz de Cristo, hasta que casi todo nuestro tiempo está escondido en este encanto. (Rom 15, 9).

88 San Pablo también llama a Dios aquí “*el Dios de esperanza*”, y dice que el resultado final de ser llenados de *gozo* y *paz* por medio de la fe será que rebosamos de *esperanza* en el poder del Espíritu Santo. Y ¿qué es “*rebosar de esperanza?*” Hemos hablado mucho de la esperanza en este comentario, porque la esperanza es la gran virtud monástica. El monje vive para el futuro. Él renuncia a todo lo posible de este mundo y a sus gozos humanos para tener más gozo en Dios; y el gozo en Dios que tiene es un *anticipo del futuro* cuando Cristo vendrá en su gloria. Por eso el monje vive para este día glorioso y trata de vivir en un estado *constante* de *preparación* para la venida del Señor. Esta esperanza da mucha luz y alegría a su vida presente, y él puede vivir en su encanto, guardándose puro y lejos del mundo para no disipar este encanto. Si tenemos gozo espiritual y paz celestial, y si vivimos en gran recogimiento, pasando muchas horas, por ejemplo, escribiendo reflexiones espirituales como estas sobre las escrituras, entonces *vivimos en la esperanza* y rebosamos de *esperanza*. Somos así *personas de esperanza*, aguardando la consumación de todas las cosas, “aguardando la *esperanza* bienaventurada

y la *manifestación* gloriosa de nuestro gran Dios y Salvador Jesucristo” (Tito 2, 13). (Rom 15, 13).

89 Una vida silenciosa y desprendida, vivida en el amor de Dios, esperando su venida, y preparándose siempre para este gran acontecimiento es una vida de *esperanza*, una vida llena de esperanza, una vida rebosando de esperanza en que el objeto de la esperanza es presente y experimentado ahora en la gracia. Un hombre que rebosa de esperanza vive inundado, en el presente, de la belleza de lo que él espera, porque Cristo está fuera del tiempo, y todos sus misterios son presentes al creyente. Así vivimos en la presencia de la muerte y resurrección de Cristo, que son pasadas, tanto como vivimos en la presencia de su parusía, que es futura. Estos misterios trascienden el tiempo. Así pues, el que rebosa de esperanza vive en el encanto presente del misterio de la parusía que llena su corazón de alegría en el presente. Un corazón rebosando de esperanza es, entonces, un corazón lleno de alegría y paz. Su misma esperanza le hace feliz y le apacigua. Esto es lo que Pablo desea para con los romanos: *alegría y paz* de parte del Dios de *esperanza*, para que puedan rebosar de *esperanza* en el poder del Espíritu Santo. (Rom 15, 13).

90 Esta es la vida feliz, la vida de *esperanza*. Esta es la vida pacífica, llena de paz. Un hombre de esperanza mira al *futuro* con *alegría*, porque él sabe que el futuro le traerá bendiciones y alegría. Él *no duda* esto. Si él es feliz en el presente en el amor de Dios, que le llena, y si él no tiene duda alguna de que Dios continuará bendiciéndole así tan abundantemente en el futuro de la manera que Dios sabe que es lo mejor para él, no pierde su alegría en el Señor. (Rom 15, 13).

91 Así pues, Dios no inspira a alguien para que deje al mundo sino que también inspira a un creyente laico en el mundo para que le ayude. (Rom 15, 27).

92 También tiene una alegre expectativa a ir a España para predicar a Cristo allá a un pueblo nuevo. ¡Qué gozo este ministerio de predicar le da, este compartir con los otros las riquezas de Cristo en que vive! Al compartirlas así, crecemos más en estas mismas riquezas. Al compartir la palabra divina de la revelación y de la salvación en Cristo, la alegría de esta salvación crece y resplandece más aún en nosotros, uniéndonos con Dios e injertándonos en el río resplandeciente del amor divino, en el resplandor del amor entre el Padre y el Hijo. El predicar es una experiencia contemplativa. Al predicar, meditamos, oramos, profundizamos el misterio de Cristo, y contemplamos, experimentando cada vez más la gloria y la alegría de la salvación y de la vida divina en nosotros. Rom 15, 28-29).

93 Sabemos cuantas veces san Pablo fue rechazado y perseguido por su predicación en tantos lugares. Pero aun así, vemos aquí que nada de esto ha quebrantado su espíritu o disminuido su celo por el evangelio y por la evangelización. Esto era su misión y su alegría. Cuando predicó, la luz brilló más fuertemente y con más esplendor aún en su corazón. Así él contempló, así él se unió a Cristo, así cumplió la voluntad de Dios, y así fue crucificado en amor con Cristo. Nada pudo extinguir esta alegría, esta paz, y esta luz en su corazón.

Aun la *persecución* le dio alegría, porque le vació de todo lo que no era Cristo, y lo configuraba más aún con el crucificado, que era el amor de su corazón. Esta participación en el sufrimiento de Cristo le dio nueva vida en Cristo. Pues dijo que estoy “llevando en el cuerpo siempre por todas partes la *muerte* de Jesús para que también la *vida* de Jesús se manifieste en nuestros cuerpos. Porque nosotros que vivimos, siempre

estamos entregados a *muerte* por causa de Jesús, para que también la *vida* de Jesús se manifieste en nuestra carne mortal” (2 Cor 4, 10-11).

San Pablo ha llegado al punto de poder gloriarse en lo que padecía por Cristo. Dice sobre su vocación de ser un apóstol de Cristo: “Dios nos ha exhibido a nosotros los apóstoles como últimos, como a sentenciados a muerte; pues hemos llegado a ser espectáculo al mundo, a los ángeles y a los hombres... nos maldicen, y bendecimos; padecemos persecución, y la soportamos. Nos difamen, y rogamos; hemos venido a ser hasta ahora como la escoria del mundo, el desecho de todo” (1 Cor 4, 9.12-13). Y en todo esto, él era sumamente feliz, completamente derramado por Cristo en amor y unido íntimamente a él con una conciencia pura y limpia, limpiada por Cristo. El secreto de su felicidad es tener una conciencia limpia, perdonado por Cristo y haciendo su voluntad, y derramar su vida por Cristo en amor. (Rom 15, 29).

94 “*Y el Dios de paz sea con todos vosotros*” (15, 33). Aunque Pablo se encamina ahora a Jerusalén donde sabe muy bien que tiene muchos enemigos y donde habrá gran peligro, aun así, él desea a sus lectores la paz, es decir: que “*el Dios de paz sea con todos vosotros*” (15, 33). La paz de Dios, la paz de Cristo, no es como la paz del mundo. Esta paz viene de la presencia de Cristo dentro de nuestro corazón, y puede coexistir con mucha tribulación exterior. Es la paz de ser perdonados y librados de nuestros pecados por la sangre de Cristo y de vivir justificados y renovados con la justicia de Dios comunicada a nosotros por medio de Cristo. Si ponemos toda nuestra confianza en Cristo, podemos reposar en su paz, aun en medio de dificultades, calumnias, ataques, persecuciones, y angustias del espíritu. Hay una paz que coexiste con todo esto. Es la paz de Cristo, que sólo Cristo puede dar, y él la da por medio de la fe y de los sacramentos, especialmente el sacramento de la reconciliación. Cristo dijo: “A quienes *remitiereis* los pecados, les son *remitidos*; y a quienes se los retuviereis, les son *retenidos*” (Jn 20, 23). Con estas palabras, Cristo dio a sus ministros el poder de perdonar en el nombre de Cristo nuestros pecados, y es esta remisión de pecados más que todo que nos da esta paz de Cristo en nuestro corazón, una paz que puede coexistir con persecuciones exteriores, y darnos felicidad en sufrirlos por el amor a él. (Rom 15, 33).

95 Si somos perdonados por Cristo por todos nuestros pecados por la fe y por los sacramentos y si discernimos bien la voluntad de Dios y tratamos de hacerla en cada momento, entonces viviremos en la paz de Cristo. ¿Qué más quiere Dios de nosotros que esto, que recemos para conocer su voluntad, y entonces que en cada momento la hagamos, aunque tenemos enemigos exteriores y aunque no sabemos si saldremos bien o no de los conflictos futuros que presentimos? Esta fue la situación de san Pablo cuando escribió este deseo que “*el Dios de paz sea con todos vosotros. Amen*” (15, 33).

96 ¿Qué alegría hay más grande que esta, el aguardar la parusía, ya experimentando algo de su gozo de antemano con anticipación, guardándonos irreprensibles para esta misma venida gloriosa, para que él nos halle preparados y esperándole con alegre expectativa cuando venga? (Rom 16, 19).

97 El vivir en la gracia es la meta de nuestra vida, porque esto quiere decir: vivir en el esplendor de Dios. La gracia de Jesucristo es resplandeciente y nos hace resplandecer en él, con el amor y la vida de Dios en nosotros. Cuanto más purificados somos del mundo y sus placeres y cuanto más perfectamente conocemos y hacemos la voluntad de

Dios, tanto más resplandecemos nosotros mismos, con el esplendor de Dios regocijando nuestro corazón en Cristo. (Rom 16, 20).

98 En esta nueva vida, el pecado es vencido. Habiendo sido restaurados como Adán antes de la caída por la gracia de Dios y por la nueva vida en Cristo, tenemos el poder de resistir la fuerza de la tentación y del deseo de placer, y vivir en la gloria de Dios. Vivimos, pues, en el mundo de la resurrección con Cristo resucitado. Lo que fue imposible, ahora es posible; lo que no pudimos resistir, ahora podemos; lo que nos venció, vencemos. Vivimos, pues, en Cristo, en el mundo nuevo del Espíritu, en el *éscaton* (fin del mundo) hecho presente, en la salvación realizada.

Es un mundo de la muerte: la muerte de Cristo, en que el Adán viejo murió. Y es el mundo de la resurrección: Cristo resucitó como el nuevo Adán, el hombre nuevo, progenitor de una nueva raza humana; y en su resurrección, nosotros nacimos de nuevo de este nuevo Adán como hombres nuevos, como el germen de una nueva creación, la creación de la resurrección. (Rom 16, 25-27).

99 El comentario famoso de Karl Barth sobre Romanos (*La Epístola a los Romanos*) habla con gran elocuencia sobre este misterio de Cristo y el bautismo. Dice: “El hombre que sube de las aguas no es el mismo hombre que entró en ellas. *Un* hombre muere, y *otro* es nacido... El hombre sobre quien el pecado tiene poder y dominio ha muerto. La muerte de Cristo disuelve la caída... Por la creación del hombre nuevo, la verdad de la redención que Cristo hizo es conocida; por nuestra existencia en él, nuestra existencia en Adán es manifiestamente disuelta... El vacío creado por la muerte de Cristo es llenado con la vida nueva que es el poder de la resurrección... En la novedad invisible de vida en que camina el hombre nuevo en la gloria de Dios, el pecado tiene tan poca luz, aire, y lugar como en la gloria de Dios, la cual es manifestada en el resucitar a Jesús de la muerte” (Karl BARTH, *The Epistle to the Romans*, Oxford University Press, Oxford 1933, [traducido de la sexta edición alemana, 1928] p. 193-196, comentario sobre Rom 6, 3-8). (Rom 16, 25-27).

100 Así comenta Karl Barth: “Por fe la realidad primal de la existencia humana en Dios entra nuestro horizonte; por la fe el paso incomparable es hecho; por la fe acontece la conversión de la cual ningún regreso sucede; y al creer, el mirar atrás no es permitido... Entonces podemos preguntar: ¿Qué es lo que creemos? Creemos que Cristo murió en nuestro lugar, y que por eso nosotros morimos con él. Creemos en nuestra identidad con el hombre nuevo invisible, que está de pie más allá de la cruz” (Ibid., p. 201-202, comentario sobre Rom 6, 8.9). (Rom 16, 25-27).

101 Así Cristo ha hecho nuevas todas las cosas (Apc 21, 5), para que vivamos en él (Jn 6, 56; 15, 4), unidos a Dios, amando su voluntad (Jn 14, 23), tomando de su plenitud (Jn 1, 16), viviendo por él (1 Jn 4, 9; Jn 6, 57). Esto es porque Cristo es nuestra vida y nuestro gozo. Él es nuestro *amor* en que él quiere que permanezcamos (Jn 15, 9), y en la *esperanza* de su parusía es nuestra alegría, porque esta esperanza ya se está realizando ahora con Cristo presente dentro de nosotros. Esta es la vida de *fe*. Es una vida de participación del *amor* divino, una vida iluminada por la *esperanza* de la gloria, una vida guiada y justificada por la *fe*. Así es la vida de los hijos de la resurrección, los hijos de Dios, los hijos de la luz (1 Ts 5, 5). Es una vida de *fe*, *esperanza*, y *amor*. Viven ya en el mundo nuevo de la resurrección (Col 3, 1-5; 2, 12; Ef 2, 6). (Rom 16, 25-27).

102 La muerte domina todo esto, la muerte de Jesucristo en la cruz, en que participamos, y en que nuestra existencia anterior llega a su fin. Vivimos esta muerte, muertos al pecado y al hombre viejo; y vivimos su resurrección, resucitados como hombres nuevos en Cristo resucitado para una vida nueva, la novedad de la vida (Rom 6, 4), en el mundo nuevo de la resurrección. (Rom 16, 25-27)

Toda gloria sea a él para siempre.

AMÉN
